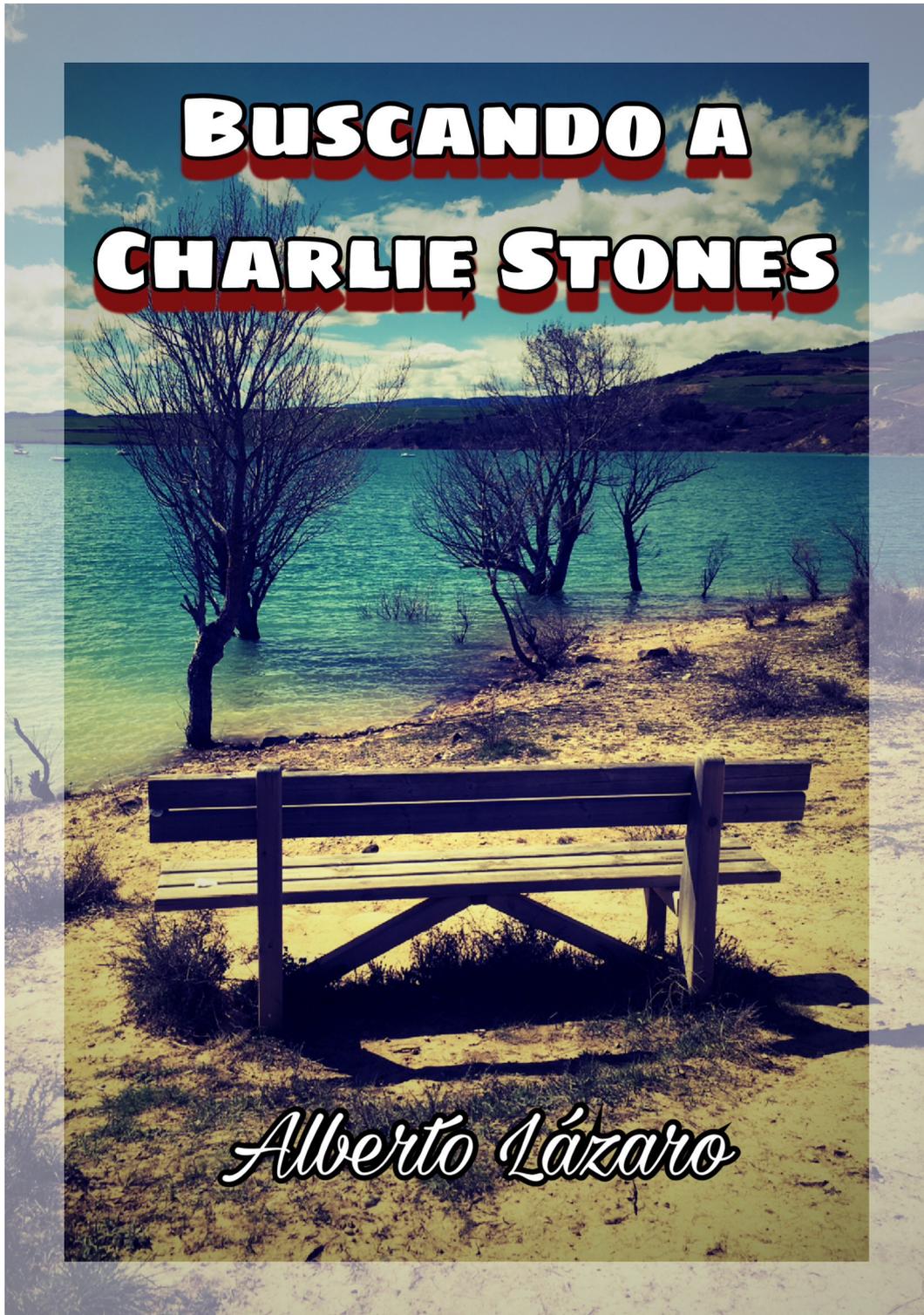


Buscando a Charlie Stones

Alberto Lázaro Menéndez



Capítulo 1

CAPITULO 1: UN COMIENZO DE POSTAL

Charlie salió de casa, como todas las tardes, en dirección al parque. Aunque aquella tarde no estaba siendo una tarde cualquiera.

Cerró la puerta y mientras bajaba las escalerillas de la entrada sintió la libertad del sol primaveral calentando su rostro. Le encantaba pasear en esa época del año, aunque esa tarde no salió a pasear tanto por placer, sino casi más por necesidad. Necesitaba escapar del ambiente enrarecido de su casa, del olor a cerrado y marihuana que se colaba en su habitación por la ranura de su puerta. Y sobre todo, necesitaba escapar de él. Jack. Su padrastro. Que a partir de estas horas comenzaba a estar lo bastante borracho como para descargar en Charlie su ración diaria de frustración. Cualquier cosa podía desencadenar una nueva tanda de insultos y golpes, aderezados con un dulce aroma de alcohol y vómito.

Más, esa tarde, Charlie sabía que Jack no tardaría en emprenderla con él a guantazos, como ya había ocurrido en las otras ocasiones en que le habían despedido del trabajo. Charlie todavía nota las punzadas en las costillas por la última paliza que Jack le dedicó. Fue hace tres meses:

Charlie se encontraba en su cuarto estudiando. O eso le decía a su madre. En realidad estaba leyendo una de sus novelas favoritas. Escuchó la puerta de casa abrirse y a los pocos segundos cerrarse de un portazo. Acto seguido oyó los gritos de Jack llamando a su madre.

- Laura. ¿Dónde estás?

- Estoy en la habitación. ¿Traes Bourbon? – Contestó y preguntó a su vez Laura.

- No joder, me han echado del taller.

Charlie escuchaba como Jack comenzaba a subir las escaleras. Por su forma de trabarse al hablar, calculaba que llevaría encima unas diez o doce cervezas.

- ¿Otra vez? - Dijo Laura con aparente desprecio.

- ¿Qué coño quieres decir con eso de "otra vez"?
- Quiero decir que eres un inútil. No eres capaz de mantener un empleo durante más de un mes.
- Así que crees que es culpa mía – afirmó Jack mientras entraba a la habitación.
- Por supuesto. Mía no va a ser.
- Eso seguro, vaca asquerosa, porque no te mueves de la cama ni para ir a cagar.
- Yo me encargo de mi casa y de mi hijo – Aclaró Laura.
- Tú te encargas de estar tumbada y de emborracharte a mi costa.
- Que te jodan – Concluyó Laura.

Jack se quitó la camisa y la tiró al suelo.

- ¿Dónde está Charlie? Tengo hambre – Preguntó Jack, justo antes de eructar sonoramente, casi haciendo retumbar las paredes.
- Yo que sé. Mira en su cuarto – contestó Laura con total desinterés.

Charlie notó de repente como los nervios se apoderaban de él, mientras que oía los torpes y ruidosos pasos de Jack dirigirse hacia su puerta.

Jack acertó a agarrar el pomo y abrió la puerta.

-Charlie, tengo hambre. Ve al restaurante de tu amiga y trae una pizza de pepperoni. Que lo apunte en mi cuenta – Ordenó Jack.

-No pienso ir – dijo Charlie tratando de demostrar firmeza - La última vez Sara me dijo que llevabas sin pagarles seis meses. Que ya no podían fiarte más.

-¡Eso es mentira! – Espetó Jack – Yo siempre pago mis deudas. Todo el pueblo lo sabe.

-Sara dijo que ...

-Sara dijo, Sara dijo – Se burlaba Jack – Esa niña es una puta embustera.

-¡No la insultes! – Dijo Charlie levantando la voz.

-Ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer niñato. Ve a por mí pizza ahora mismo – gritó Jack enviando un perdigonazo de saliva involuntario derecho a la cara de Charlie.

-Si quieres pizza ve tú, ¡borracho! – dijo Charlie alentado por la rabia.

La primera bofetada en la cara de Charlie sonó como un latigazo. Acto seguido, Charlie trató de alcanzarle un puñetazo por instinto, pero la diferencia de altura hizo que ni le rozara. Ese intento de Charlie provocó aún más a Jack. La segunda bofetada hizo sangrar la nariz de Charlie, salpicando todo su escritorio Jack entró en barrena y continuó pegándole puñetazos y patadas, con Charlie ya hecho un ovillo en el suelo, no sin antes cerrar la puerta con pestillo, para que Laura tan solo pudiera limitarse a golpear la puerta y suplicar que dejase a su hijo. Por supuesto Jack no se detuvo hasta que el cansancio le invadió. La escena duró apenas unos segundos, pero para Charlie pareció una eternidad. Fue entonces cuando por fin Jack abrió la puerta y salió impasible derecho al sofá para tomarse una cerveza que calmara la sed causada por el esfuerzo realizado.

Laura asistía a su hijo, aunque parecía poner más empeño en insultar al agresor que en socorrer al herido.

Mientras Charlie lloraba de puro dolor y rabia en el suelo de la habitación, pensaba, y no conseguía entender cómo su madre podía seguir con un hombre así, acaso no quería a su propio hijo, o es que el alcohol y las drogas no la dejaban darse cuenta del deshecho con el que vivían.

Pero hoy Charlie había estado rápido y en cuanto escuchó la conversación que Jack mantenía con su madre salió pitando de casa sin dar lugar a preguntas, ni posibilidad de enfrentamiento alguno.

De camino al parque al que solía ir, un parquecito de lo más sencillo, el cual se encontraba pegado al lago, decidió pasar primero por la Biblioteca municipal, para tener material literario con el que pasar la tarde, y así poder sumergirse en otro mundo, aunque solo fuera por unas horas.

Al entrar en el edificio se encontró de frente con la Señora Agnes, que llevaba 40 años al frente de la biblioteca. Era una mujer bajita y rechoncha, con el cabello plateado, y un aroma como a mueble antiguo con toques de vainilla. La señora Agnes, llevaba siempre unas gafas colgadas del cuello con una cadena de bolitas. Charlie siempre trataba de hacer memoria y recordar algún momento en que la hubiera visto con las gafas puestas, leyendo quizás algún documento o algún libro, pero nunca

conseguía acertar a encontrarlo. Siempre llegaba a la conclusión de que gozaba de una vista impecable y que llevaba las gafas únicamente a modo de atrezo.

-¡Hola Charlie! – le saludó ella con una acogedora y alegre sonrisa – ¿Ya has terminado el libro que te llevaste la semana pasada?

-Hola Señora Agnes. Aun me quedan un par de capítulos, pero hoy me apetecía leer otra cosa.

-Muy bien cariño. Echa un vistazo y coge el que te guste.

Se llevaban bien. Charlie era el único joven del pueblo que iba todas las semanas. Y la Señora Agnes le había cogido cariño. Le consideraba un chaval muy majo y educado, como le describía siempre que lo comentaba con su marido.

Charlie fue derecho a la sección de novela negra. Le apasionaban las historias de crímenes sin resolver, y soñaba con convertirse en un Inspector de homicidios famoso.

Se inclinó definitivamente por un Best Seller que le había fascinado hacia unos años y llevaba tiempo queriendo releer.

Con la novela bajo el brazo, salió de la biblioteca, cruzó la calle y comenzó a adentrarse en el camino que llevaba al lago.

Ya en el sendero, estando aún a varios cientos de metros del parquecito podía adivinar el olor de los claveles y empezar a notar la humedad del gran Lago, lo que le provocaba una dulce sensación de desconexión.

Tras ese largo pero placentero paseo de siempre, por fin llegaba. Ahí estaba su lugar favorito. Su pequeño paraíso, tan solitario como siempre. Le parecía mentira que un lugar tan hermoso estuviera siempre desierto. El sol resplandecía en el horizonte reflejándose en el agua como si pretendiera adentrarse en ella y ésta le rechazara con firmeza. A sus pies, una alfombra blanca de claveles completaba el paisaje de postal.

Charlie se acomodó en el banco más ruinoso y desgastado del parque. La razón era simple: era el único a la sombra desde el que se veía ese maravilloso escenario sin obstáculo alguno. Allí se sentía a salvo.

Comenzó a leer, devorando página a página; capítulo a capítulo; sumiéndose poco a poco en un letargo literario que le iba atrapando y aislando de sus propios pensamientos, tanto es así que no percibió si quiera la acechante presencia que le observaba desde hacía unos segundos. En el momento en que más inmerso estaba en la historia, sintió de repente una fuerte mano en su hombro y como le subía de inmediato

la adrenalina por la garganta a la vez que se le helaba la sangre. Conocía a la perfección ese olor. Le había encontrado.

CAPITULO 2: AZUL ELÉCTRICO

Jack llegó a casa sobresaltado, y con visible prisa. A pesar de su embriaguez, corría por la casa con asombrosos reflejos. Su apariencia física era más destartada de lo habitual. Llevaba el cuello de la camisa roto, el pelo revuelto y le faltaba una de las botas. Sin olvidar los finos surcos ensangrentados de su cuello.

Jack subió los escalones de dos en dos, con bastante más acierto del que cabía esperar. Entró en la habitación de Charlie, vació la mochila del colegio, dejando cuadernos y libros desparramados por la cama, y en su lugar metió algo de ropa. Rompió la hucha de Darth Vader que presidía la habitación desde lo alto de la estantería, e introdujo su escaso contenido en la mochila.

Fue entonces cuando Laura gritó desde la otra habitación, donde como casi siempre descansaba sobre la cama mientras veía algún programa de cotilleo en la televisión:

-¡Jack! ¿Eres tu?

-Si cariño – contestó Jack aparentando normalidad.

-¿Has traído Bourbon?

-No, he venido a por la pasta. Me he dado cuenta al pagar de que había olvidado mi cartera.

-Eres un inútil. Pues ve rápido porque estoy seca.

-Si si, tranquila. En diez minutos estaré de vuelta – Dijo Jack mientras bajaba las escaleras con la mochila bajo el brazo.

Se dirigió a la cocina, metió en la mochila algunos bollos y zumos y salió de casa con la misma prisa con la que había entrado. No sin antes comprobar que no había nadie fuera. Descendió las escalerillas de la entrada y se subió a su viejo Chevrolet color azul eléctrico. El pobre coche estaba casi tan desmejorado como su dueño. Jack lo tenía desde hacía unos 15 años. Gracias a su oficio lo mantenía con vida, como se mantiene

a un enfermo terminal conectado a una máquina. Le encantaba ese coche. Y se negaba a dejarle pasar a mejor vida. Laura le insistía cada vez que montaba en él, y lo único que conseguía era enfadar a Jack, y generar una discusión más. Era su joya, como él decía, y lo trataba mejor que a cualquier persona que conociera.

Arrancó a la primera, cosa que a Jack sorprendió y agradó a partes iguales. Aceleró y enfiló la recta de su calle lo más rápido que pudo, tratando de llamar la atención lo menos posible. A los pocos segundos el Chevrolet desapareció en el horizonte.